



La cíclica cruz de Hendaya expresión simbólica en Piedra.

NOTICIA DE JOAN CRUZ DE ECHEBERRY

SHANTI DE OARSO

Hasta hace unos años sólo la cita que de pasada hace Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* era la única referencia que se tenía del alquimista vasco. Pero de un tiempo a esta parte la reedición de textos herméticos prácticamente desaparecidos está aportando nueva luz sobre la vida y obra de algunos enamorados del Arte Real que de una manera ininterrumpida y deliberadamente inapreciable han iluminado la civilización occidental desde la Edad Media hasta nuestros días. Entre ellos, la figura de Joan Cruz de Echeberry comienza a perfilarse todavía en ligero esbozo pero ya con la suficiente nitidez como para prestarle la atención que merece personaje tan singular como desconocido.

Las lagunas sobre su vida son aún importantes. La parquedad de datos y referencias, notable. Diríase, incluso, que buscadas exprofesamente como es costumbre en los discípulos de Hermes.

Se desconoce el lugar de su nacimiento, si bien su nombre y grafía han hecho aventurar diversas hipótesis. Louis Figuier, historiador concienzudo de algo en lo que no creía, le dedica unos cuantos párrafos en su fundamental obra *l'Alchimie et les Alchimistes*. Curiosamente, sólo en la edición príncipe —publicada en París en 1854— aparecen las páginas dedicadas a Echeberry, siendo suprimidas en reediciones posteriores —incluida la notabilísima y reciente de René Alleau— sin que se sepa motivo ni causa.



La sirenita de Agüero. Símbolo impar del Románico y expresión, quien sabe, si también cíclica.

Figuer cita y extracta su obra fundamental, *Los hijos de la Aurora o Magisterio para la consecución del azufre filosófico y del mercurio hermético*. La obra —editada por Salmon en París en su célebre *Bibliotheca Chemica Curiosa*, traducida posiblemente de una edición anterior impresa en Valencia— comienza así: «Yo, Joan Cruz de Echeberry, habitante del Universo, habiendo alcanzado los arcanos de la ciencia...». A semejante declaración de cosmopolitismo siguen unos capítulos en los que de un modo ciertamente caritativo Echeberry desarrolla el magisterio de la Primera Obra u obtención de los dos principios alquímicos, imprescindibles para la consecución de la Crisopeya tras la aplicación de diversos regímenes, delicadas manipulaciones y preparación espiritual del propio alquimista.

La publicación de *Los hijos de la Aurora* acarrea a Echeberry la apertura de un proceso por la Inquisición. Su aniversalismo y la claridad con la que se reconoce alquimista, hacen que se libre contra él un auto de prendimiento del que Echeberry escapa milagrosamente, con los algüaciles literalmente a sus es-

paldas. En la peripecia de la huída el alquimista es alcanzado en una pierna lo que le hará cojear para el resto de su vida.

Poco más sabríamos de nuestro filósofo si una reciente revisión de los manuscritos alquímicos guardados en la Biblioteca del Arsenal de París no hubiera sacado a la luz un cuadernillo de pocas páginas firmado en Bayona (sin fecha) por J. C. Echeberry y titulado *De la Edad Oscura de la Humanidad*. Echeberry expone en él su teoría de la ciclicidad de la Historia, llegando a hablar de una humanidad adámica que en su tiempo (siglo XVIII) comienza a vivir los preludios de su último ciclo. Tales ideas serían desarrolladas dos siglos más tarde por Grasset d'Orcet, Fulcanelli y Guénon. Sería precisamente el otro alquimista, Fulcanelli, quien estudiara detenidamente a primeros de siglo la cruz cíclica de Hendaya, expresión simbólica en piedra de esta ciclicidad. ¿Fue Echeberry el inspirador de semejante monumento hermético?

El manuscrito termina con una conclusión en la que el alquimista expone su original idea de que son precisamente los sentimientos los que hacen al hombre sentir el paso del tiempo, siendo preciso liberarse de los mismos para conseguir la intemporal Contemplación de la Verdad. Todo un programa metafísico de clara resonancia hindú cuando en Europa no se conocía aún el *Vedanta*.

Recientemente, la relectura intencionada de dos obras me ha descubierto una figura a la que hasta el momento no le había prestado atención y que presumiblemente se trata de la de Echeberry. Dos citas que pueden dar nueva luz sobre el perfil del alquimista vasco. En su *Relación de los monumentos destruidos o removidos por la Revolución*, Esprit Gobineau de Montluisant constata, al referirse a los destrozos que ocasionó la Revolución Francesa en el cementerio de San León de Bayona, que fue rota una lápida con la siguiente inscripción: «J. C. E., filósofo hermético que vivió esperando lo inesperado hasta recibir el Don de Dios el día de Viernes Santo del año del Señor de 1757». Y Gobineau añade que no fue encontrado ningún resto bajo la losa. ¿Cabe pensar que Echeberry fue un Adepto, es decir, que en 1757 consiguió realizar la Gran Obra llegando así al final de su camino junto a los hombres?

Por otro lado, James Winkelman, viajero inglés del siglo pasado, narra en su *Travel to High Mongolia* como en una lamasería del Tibet le fue presentado por los monjes un europeo que vivía no lejos del monasterio y cuenta como, al calor de la lumbre, se pasaron ambos toda una noche hablando de alquimia. Sir James precisa que su interlocutor tenía una edad indeterminada, un fuerte acento latino y una acusada cojera.

Curiosamente, ha existido siempre entre los discípulos de Hermes una tradición por la cual los alquimistas que hubieran conseguido el adeptoado habrían desaparecido sin dejar rastro, encontrándose su pista años más tarde en las montañas del Himalaya, tal el caso de Nicolás Flamel, Basilio Valentín, Philaléteo y otros.